

plegó contra los moriscos les hizo tener impaciencia por embarcarse, y sin aguardar á que dieran la vuelta los buques del estado, en que marchaban hacinados los moriscos, pues que solo en dos viages trasladaron á Berbería setenta mil, fletaron por su cuenta buques particulares, vendiendo para poder pagar su pasage sus mejores efectos. Asi en el Grao de Valencia se vió vender por dos ducados objetos de un primoroso trabajo, vestidos, velos, bordados de oro, que habian costado doscientos ducados la víspera. Muchas de las familias, que creyéndose mas seguras, habian fletado por sí buques para ser trasladadas á Africa, perecieron en el camino víctimas de la avaricia y de la brutalidad de los patrones. Muchas fueron robadas y degolladas durante su travesía, y arrojadas al mar despues que los marineros se habian abandonado brutalmente con sus mugeres y sus hijas á los mas execrables escesos.

Entre otros lances que manchan de una manera indeleble el bárbaro golpe de la espulsion, y el modo con que se verificó, refieren los historiadores el cometido por el patron de un buque, Juan Bautista Riera, á quien en castigo se le impuso la pena de cortarle la mano derecha y hacerle despues morir en la horca. Llevaba éste en su buque una jóven bella, á quien para que no descubriese su maldad al llegar á Barcelona, arrojó al mar en la embocadura del Llobregat; cuando la infeliz, batallando con las ansias de la muerte, trataba de mantenerse sobre las aguas

y asirse á la lancha, el feroz marinero la quebrantó la cabeza con un remo, y desapareció su cabeza debajo de las aguas.

Semejantes escesos y crímenes hicieron que el virey prohibiese el que ningun morisco pudiera ser transportado á Africa en buques particulares.

La sed de oro aquejaba de tal manera á los que ordenaban la espulsion, que viendo que á pesar de la pragmática, por la connivencia bienhechora de los señores, los primeros emigrados habian llevado muchos de sus efectos muebles, que no tenian derecho á llevar, habiendo vendido sus ganados, sus granos, y aun algunos sus casas y sus tierras, valuándose en mas de un millon de ducados la suma que hicieron salir del reino, el 1.º de octubre, conforme con el dictámen de la chancillería, prohibió el virey todas las ventas de granos, aceites, casas, tierras, derechos y acciones, no permitiendo tampoco comprarlas á los cristianos viejos.

Esta disposicion fué una de las causas que impulsaron á la rebelion á muchos de los moriscos que aun quedaban en el reino, porque este bando cruel dejaba á los moriscos, á quienes habia cogido improvisada la espulsion, faltos de metálico, sin medios para proveerse de él, pasando en un instante, además de todas las calamidades que pesaban sobre su raza, desde el seno de la comodidad y de la abundancia al de la miseria y de la pobreza.

Resuélvense, al fin, acosados con tanta vejacion

á la resistencia los moriscos. El gobernador de Denia tiene que recurrir á la amenaza para hacer partir á tres mil individuos que habia reunido con trabajo en aquel punto. Los jóvenes se lanzaron á las montañas: formóse una facción cerca de Gandía: otra entre Denia y Alcoy, que dándose la mano, reclutaron gente rápidamente. Veinte poblaciones de la sierra de Bernia se hallaban ya levantadas el 25 de octubre, y el 29 se sublevó toda la sierra. Disimularon al pronto las autoridades para embarcar los que ya tenían reunidos, viendo una ventaja en luchar con aquellos menos rebeldes.

Los insurrectos en número de quince á veinte mil hombres, se establecieron en el valle de Alhar, que defendían varios castillos. A sus pies se hallaba Murla, pequeña población ocupada por ciento treinta y seis soldados cristianos. Como no tenían artillería ni armas de fuego, se limitaron á bloquear aquel punto en lugar de sitiario y asaltarlo con valor.

En el valle del Júcar se organizó también la resistencia. Asesinaron en Dos-Aguas, el 15 de octubre, al comisario encargado de verificar la espulsión. Los moriscos de Cofrentes, Jalance, siguieron al alfaquí Amira, que hizo sublevar á los de la Muela de Cortes. Allí levantaron por rey á un rico moro del lugar de Catadam, parroquia aneja á la de Lombay, llamado Turigí, hombre enérgico y valiente.

Este, á la cabeza de un millar de guerreros, cor-

tando los caminos que conducian á la Muela, se dispuso á combatir. En vano el gobernador del distrito de Játiva, don Francisco Milan, fué á parlamentar en persona con él, ofreciéndole un amplio salvoconducto y una entrevista para arreglar á su satisfaccion con el virey los puntos concernientes á su suerte.

Turigi rechazó todo, exigiendo que se dilatase el embarque hasta la primavera, y se les dejase vender sus tierras y propiedades.

Por su parte los insurgentes del valle de Alhar, eligieron tambien otro rey, y dieron este nombre á un molinero de Confrides, llamado Gerónimo Millini. Hombre vulgar, cercado á poco en el valle de Alhar, reducido á la escasez por haber sido interceptados todos sus convoyes, pidió el 16 de noviembre capitular.

Don Sancho de Luna, que mandaba el ejército en ausencia de don Agustin Mejía, despues de muchas conferencias le propuso condiciones tan duras, que el molinero se resolvió á morir antes que aceptarlas. Esperaba socorros de los moriscos de Andalucía, y los esperó en vano.

Vuelto Mejía, no quiso este experimentado capitán esponer su gente en un ataque mortal, como sería preciso para apoderarse á viva fuerza de la posicion que ocupaba el reyezuelo Mellini. En el castillo de Beni-Maurel se habia refugiado con gran número de familias, niños, y parte de sus riquezas.

Mellini, en fin, es atacado en su agreste baluarte por las tropas de Mejía, quien marchaba á su cabeza calzado con alpargatas como sus soldados, animándolos con sus palabras y con su valor. En vano los moriscos derrumban sobre él y su hueste enormes peñascos: Mellini muere combatiendo á manos del sargento Francisco Gallardo, que lo traspasa con su alabarda. Al ver muerto á su rey se desbanda el ejército, corriendo algunos á encerrarse en el castillo de Beni-Maurel. Ocho dias permaneció don Agustin Mejía al pié de aquella fortaleza, aguardando que se la entregase el hambre: torció la corriente de las aguas, y quitó á los sitiados todo medio de proporcionárselas, triunfando asi de su constancia. Al cabo, estenuados por el hambre y abrasados por la sed, los moriscos pidieron capitulacion, debiendo de rendirse y embarcarse inmediatamente.

Para formar una idea de los tormentos que sufririan aquellos infelices, basté decir, que cuando aseguradas sus vidas por don Agustin Mejía, salieron de sus rústicas fortificaciones, se arrojaron sedientos á los arroyos que salian de una fuente, bebiendo tanto y con tal ánsia, que muchos perecieron por la cantidad escesiva de agua.

La capitulacion en virtud de la cual se habian rendido el 26 de noviembre, fué violada. El historiador de Valencia Escolano, dice que Dios lo permitió asi para que no se hubieran marchado impunes despues de tantos delitos. Al ser conducidos para

embarcarse, fueron asaltados en el camino por los cristianos, que los mataban, no siendo poderosos los bandos y amenazas para escusarlos y librarles de aquella desventura. Llegó á tanto la miseria, que desesperados los padres vendian á sus hijos, por no verlos morir de hambre y desesperados de poderlos embarcar, no llegando á diez los que arribaron sanos y salvos á los puertos donde habian de encontrar sus naves.

Dice el historiador don Antonio de Rojas y Corral, en su relacion de la rebelion y espulsion de los moriscos del reino de Valencia:

«Vinieron desnudos desvalijados, enfermos, miserables, sin dinero ni matalotage. De esta suerte se embarcaron en Dénia y en Javea trece mil dóscientos de los rebeldes. En los pocos dias que estuvieron en los puertos aguardando tiempo, murieron muchos miserablemente, y es de creer que muy pocos vivieron despues, considerada su necesidad y desventura.»

La insurreccion de la Muela de Cortes, no tuvo los resultados que prometia en su principio. Abandonado por los suyos, que se rindieron sin haber combatido el 21 de noviembre, y que fueron embarcados en número de tres mil el 26, pasó el Júcar el reyezuelo Turigí, y con un puñado de hombres valientes, no admitiendo el salvoconducto que le ofrecia el virey, continúa haciendo la guerra sorprendiendo las partidas de tropa, haciendo perecer á

muchos soldados, y con rapidez increíble apareciendo tan pronto en un punto como en otro. Pregonada y puesta á talla su cabeza, como lo habia sido en Granada la de Ben-Aboo, fué en el dia 6 de diciembre sorprendido por un morisco, Gaspar Bodes, resentido por haberle robado una hija. Deseoso de vengarse, guió los pasos de los que le buscaban, les enseñó la cueva en que se refugiaba, y preso y conducido á Valencia, fué el 16, despues de paseado sobre un asno, sentenciado á cortarle la mano derecha, y á ser ahorcado y descuartizado. Turigí murió protestando ser cristiano, y su cabeza fué colocada en la puerta de San Vicente. Dispersóse su cuadrilla, compuesta aun de mas de cuatrocientos hombres. Don Felipe Boiri los atrajo por la persuasion, y á fines de 1609 solo quedaba una veintena, contra los que fué inútil todas las persuasiones y las batidas que les dieron las tropas. Dos hermanos, Simon y Pedro Zapata, se dedicaron á sacarlos de las montañas. Simon pasó sesenta y tres dias exhortándoles á rendirse, y Pedro fué á ponerse él mismo en rehenes á Argel. Asi los decidieron á embarcarse. Aun despues de la muerte de Turigí, se hizo una requisicion para recoger á los que andaban dispersos y ocultos. En esta segunda espulsion, cediendo el rey á los deseos del marqués de Caracena y otros varios señores, decretó que solo se obligase á salir á los mayores de doce años.

El arzobispo de Valencia Rivera, cuya parte

principal hemos visto en el fatal golpe de la espulsión, instó fuertemente para que fueran comprendidos hasta los de siete, haciéndoles bautizar *sub conditione*, por sospechas que suponía tenía de no haber sido bautizados bien la primera vez.

Desde el 26 de setiembre de 1609 hasta marzo de 1610 salieron del reino de Valencia mas de ciento cincuenta mil moriscos, y mas de la mitad no llegaron á los puertos á que fueron destinados, pereciendo víctimas del furor de los soldados en los caminos, ó de la brutalidad de los marineros en los mares. El rey Felipe III se apropió las haciendas de los moriscos cogidos con las armas en la mano, ó que se rindieron, y á los que no se dió muerte se les envió á galeras.

Las consecuencias de la espulsión de los moriscos se hicieron sentir inmediatamente en Valencia; empero no detuvieron en su fatal carrera al codicioso duque de Lerma, que obtuvo para sí y sus hijos de la parte que se apropió del producto en la venta de las casas de los moriscos, la cantidad de quinientos mil ducados, ó sean cinco millones de reales. El codicioso ministro estaba acostumbrado á esplotar en provecho propio las grandes medidas políticas. La traslación de la capital á Madrid en 1606, le había valido tres años antes un millon de reales, y una magnífica casa, pagando además la villa de Madrid los alquileres de las casas en que vivían todos sus hijos.

Para perpetuar la memoria de la espulsion de los moriscos de Valencia, suceso que llenaba de orgullo á aquel imbécil y corrompido ministro, se puso, y aun se conserva, en la sala capitular de Valencia una gran lápida de mármol el 21 de setiembre de 1609.

¡En esa lápida, mentiroso monumento para engañar á la posteridad, si con sangre no lo desmintiese la historia, se dice, despues de satisfacer la vanidad de los que intervinieron en la espulsion, grabando en ella sus nombres, que este grande acontecimiento se verificó *casi sin ruido, sine ullo pene tumultu*. Los torrentes de sangre que corrieron en Valencia, el horror de la Europa culta, el grito de reprobacion, que no ha bastado á acallar el trascúrso de dos siglos y medio se alzan para desmentir tan servil adulacion.

El historiador Gaspar Escolano, este hombre tan autorizado que habia presenciado la mayor parte de los sucesos, para terminar la relacion de ellos, dice estas memorables palabras: *«y por tanto queda dado fin á las antigüedades del reino de Valencia, con el nuevo estado en que se halla, hecho de reino el mas florido de España en un páramo seco y deslucido por la espulsion de los moriscos.»*

Tambien el arzobispo Rivera quiso consagrar con un acto religioso este gran suceso, estableciendo una procesion todos los años, y señalando para esto una parte de sus rentas.

XI.

ESPULSION DE LOS MORISCOS EN LOS DEMAS REINOS DE ESPAÑA.

Espulsados los moriscos de Valencia, se dió un decreto para espulsar los de Andalucía y Murcia el 9 de diciembre de 1609, y otro el día 18 de enero de 1610. Se encargó su ejecucion al marqués de San German; el cual de autoridad propia abrevió el plazo de treinta dias que el rey habia concedido, á veinte. Los moriscos andaluces se habian prevenido con tiempo y habian pasado mas de veinte mil secretamente al reino de Fez. Permitíanseles llevar los hijos de cualquiera edad, si marchaban á paises católicos; empero si preferian emigrar á Africa, tenian que dejar en España á los menores de siete años. Con estas condiciones salieron de las Andalucías ochenta mil moriscos.

En vano los diputados de Murcia se dirigen al

rey, pidiendo la suspension de la salida de los moriscos del reino, para no ver perdidas las artes y abandonada la agricultura; el rey y el duque de Lerma no oian reclamaciones, ni atendian á razón alguna. Los moriscos de Murcia fueron espulsados por don Luis Fajardo en número de mas de quince mil personas.

Los de Aragon fueron tambien arrojados del suelo que los vió nacer, y el encargado de la ejecucion del decreto que les lanzaba del reino, espedido en 27 de abril de 1610, fué el marqués de Aytona, que le ejecutó sin que el rey ni el ministro oyesen á los comisionados que los diputados de Aragon les mandaron para que lo revocase. Todas las fuerzas marítimas y terrestres de Valencia concurren á la espulsion de los moriscos aragoneses, en quienes se tuvo una fuerte resistencia que en los valencianos, y que, sin embargo, se dejaron mansamente conducir por los comisarios, que abusaron de tal modo de ellos que, como dice fray Marco de Guadalajara Xavierre en su *Memorable espulsion y justisimo destierro de los moriscos de España*, hasta tuvieron que pagar el agua que bebian en los rios y la sombra á que se cobijaban bajo de los árboles. Setenta y cuatro mil fueron los moriscos espulsados de Aragon, pertenecientes á trece mil ochocientas noventa y tres familias. Embarcáronse en los Alfaques, y otros entraron en Francia por Navarra y Canfranc, teniendo que pagar diez escudos por cabeza.

Los moriscos catalanes fueron tambien espulsados, dándoles el plazo de tres dias para evacuar el pais, autorizando á cualquiera que encontrase alguno de ellos por los caminos ó fuera de poblacion, para que pudiera capturarlos, desbalijarlos, y matarlos en caso de resistencia, sin incurrir en pena alguna. Asi salieron de Cataluña cincuenta mil moriscos por el puerto de la Rápita desde el 29 de mayo al 10 de setiembre.

Los de Castilla, la Mancha y Estremadura, que se hallaban mas confundidos con los cristianos viejos y eran menos sospechosos y temibles, parecia que podian haberse salvado de la dura pena de ser lanzados de España. Mas la estincion de la raza morisca se hallaba decretada. Se determinó, pues, su espulsion, mandándoles que no pasasen por Valencia, Aragon, ni Andalucía. Concedióseles, sin embargo, por una gracia muy especial, el que los obispos pudieran dar licencia para quedarse en España á aquellos que se hubiesen hecho notar por cristianos viejos en su lenguaje, en su traje, en las costumbres y en la observancia de la religion y frecuencia de los sacramentos. Aun con estas escepciones, salieron de las Castillas cien mil moriscos.

Por último, dos poblaciones aisladas, que habian sido esceptuadas aun en el edicto de 22 de marzo de 1612, fueron comprendidas en la espulsion. El conde de Salazar arrojó del valle de Ricote, en el reino de Murcia, dos mil quinientos moriscos, y del Campo de

Calatrava, mil ciento, á pesar de que gozaban privilegio de cristianos viejos desde los tiempos de la reina Isabel la Católica.


Es absolutamente imposible determinar á punto fijo el número de los moriscos que salieron de España. Los autores están discordes desde doscientos setenta mil á un millon. Escolano y el P. Guadalajara le fijan en seiscientos mil; fray Jaime Bleda en quinientos mil; Salazar y Mendoza en trescientos sesenta mil, y Fonseca en setenta mil. Los cálculos mas fundados son de que el número mas aproximado fué el de un millon, debiendo contarse los que antes se habian fugado á Fez y los que habian perecido víctimas de la barbárie y de la codicia de los soldados, muriendo otros ajusticiados en los patíbulos, ó sepultados en los calabozos de la Inquisicion.

Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

XII

LA ESPULSION DE LOS MORISCOS CONSIDERADA BAJO EL ASPECTO ECONOMICO, POLITICO Y RELIGIOSO, Y SUS CONSECUENCIAS PARA ESPAÑA.



No fué tanto el mal que originó á España la pérdida de esta crecidísima parte de su poblacion, por su número como por la clase y la índole de la poblacion expulsada, que era precisamente la de los agricultores, comerciantes é industriales, la poblacion en fin mas productora y la mas contribuyente. El cultivo del azúcar, del algodón y de los cereales, la cria del gusano de la seda en que tan aventajados eran los moriscos, quedó enteramente abandonada en las fértiles campiñas de Valencia, Murcia y Granada. Las fábricas de papel, de sedas, de paños que tenian en los castillos, tuvieron que cerrarse, porque no habituados los españoles á las artes y á la industria, miraban con desden y desprecio el ejercicio de aquellas

artes que habian acaparado para sí y con gran provecho los moriscos.

No solo aquellos infelices sufrieron persecucion bajo el pretesto religioso en España, sino que tambien se vieron espuestos á los ultrages, y hasta al martirio en algunas regiones de Africa. Eran poco cristianos para la España: eran demasiado cristianos para Africa. La situacion de estos desgraciados era violenta, terrible, insoportable.

Los males que ocasionó á la España la espulsion de los moriscos fueron tan graves, tan intensos, que el trascurso de dos siglos y medio no ha bastado para reponerla enteramente de ellos.

Los efectos de la espulsion se hicieron sentir poderosamente en el órden económico, en el político, y en el religioso.

En el órden económico se vió privada la nacion de la poblacion mas útil, productora y contribuyente; vió desaparecer con aquella emigracion mas de cien millones de reales que llevó consigo la raza proscripta, y ocasionó sobre la escasez del numerario que ya padecia España un gran mal. Costó el transporte de los moriscos al Africa ochocientos mil ducados, y á pesar de la prohibicion favorecidos los moriscos por el embajador de Francia que les dió en secreto letras, esportaron al marchar muchos millones, dejando gran cantidad de moneda falsa que afectó al comercio, y la fortuna pública. Los campos quedaron sin cultivo, y en valde se trataba de que

los nuevos colonos aprendieran el cultivo de las tierras porque los que habian dejado para este objeto, segun la pragmática de la espulsion, triste y vergonzosa confesion por cierto para el pais, no se prestaban á enseñarlos de buena fé, ni ellos tenian el amor al trabajo, ni ponian en las labores la aficion que los antiguos propietarios del terreno.

Los señores territoriales perdieron mucho de sus rentas, y España, falta de labradores, no reemplazó jamás los que perdió en la espulsion. Una triste y pronta esperiencia vino á comprobar el funesto error cometido con aquella medida. El hambre se hizo sentir de una manera horrorosa en el año inmediato de 1610. El clero vió perdidas gran parte de sus rentas, y hubo hasta diez y ocho señores de los mas considerables á quienes tuvo el rey que señalar pensiones alimenticias porque habian quedado arruinados. En vano el marqués de Caracena ofreció á los labradores, que se hicieron venir de Galicia y otros puntos á poblar los lugares desiertos, todas las ventajas posibles. Ni los labradores llegaban en número suficiente, ni sabian dar la cultura conveniente á las tierras; y en vez de las poblaciones ricas que antes ocupaban el reino de Valencia hubo que escribir en el mapa de este hermoso pais la palabra *despoblado*. Disminuido considerablemente el patrimonio de los grandes, dejaron desiertos sus castillos, que fueron el albergue de los ladrones que se establecieron alli con una seguridad espantosa. El robo se organizó como una

profesion ordinaria, y el contrabando, su inseparable compañero, levantó á su lado su frente con tanta audacia como éxito. Las fortalezas feudales habian sido derribadas, y sus dueños, que no podian defenderse en sus estados por la falta de vasallos, se concentraron en las ciudades. La industria falta de los brazos inteligentes que la animaban se arruinó cerrándose las fábricas, quedando parados los talleres. Fué pues la espulsion de los moriscos económicamente considerada una medida calamitosa.

Como medida política y de seguridad para el Estado, en vano se buscará la justificacion en las conspiraciones supuestas que fraguaron los moriscos, de que les acusó el arzobispo Rivera y que tanto hizo valer en el ánimo débil del supersticioso Felipe III, la codicia de un ministro inepto como el duque de Lerma. No era, como se vió, el poder de los moriscos valencianos tan grande, que hubiese podido hacer vacilar nunca los fundamentos de la monarquía española, ni tampoco estas conspiraciones tenían tanta estension y medios que hubieran podido ser indomables. No era este, pues, un motivo para condenar al esterminio á una raza entera, á tantas generaciones.

Además, los moriscos espulsados produjeron otra clase de males á España mas funestos que los que se pretendia evitar con su espulsion, males que cubrieron sus costas de luto y desolacion por muchos años. Animados los moriscos del mas profundo ódio

contra los españoles, tratados de la manera horrorosa que hemos visto antes y en los momentos de su espulsion, muchos de ellos entraron al servicio de los otomanos en sus galeras y se dedicaron á ejercer la piratería, recorriendo con preferencia las costas de España. Los fastos de los bárbaros corsarios nos presentan ejemplos de esta verdad. Amurates Bayobi, natural de Albacete de la Mancha, fué un pirata célebre, cogido en las costas de Sicilia el 21 de octubre de 1623; mandaba diez galeras del Gran Señor con cuatro mil hombres que sembraban el terror en las costas del Mediterraneo, en España y en Sicilia.

Hasta que se estinguió completamente la raza de los moriscos españoles, adquirió gran preponderancia la piratería en el Mediterráneo. Arraez Blanquillo devastó durante diez años las costas de España hasta que cayó en manos de sus enemigos el año 1623. Al mismo tiempo un carbonero, que vivia antes pacíficamente en Osuna, Aboul-Alí, era el terror del Mediterraneo poniendo en consternacion repetidas veces las costas de Valencia, habiendo convertido la espulsion de su pais á un pobre carbonero en un terrible marino. En 1624 tres galeotas, mandadas por un zapatero de Ciudad-Real, Amurates Quibir-Guadiano, saquearon todas las costas del reino de Valencia y de la Italia. Estos ejemplos prueban que si á los moriscos los creyó Felipe III peligrosos en España, lo fueron mas espulsados de ella. Si tan enemigos los creia el monarca y su imbécil ministro, fué un error grande dejar-

los en libertad en pais extranjero para que pudiesen venir á causar los males que originaron en España.

Los moriscos arrojados de España, su patria, se dispersaron en gran parte sobre las costas de Africa. Las familias mas importantes se refugiaron en Marruecos, donde encontraron correligionarios, dispuestos á secundar sus deseos de venganza, animados ya, como se hallaban antes, de un odio eterno contra el nombre cristiano. Allí fundaron ciudades, entre otras Tetuan.

Una familia llamada Paez, tomó un terreno á las márgenes del rio Guad-el-Jelú, empero temiendo el furor de las kábilas, que los miraban con rencor como extranjeros, aunque profesaban su propia religion, construyeron sus moradas en las vertientes de un cerro, cuya posicion les ofrecia ventajas para su defensa. Poco á poco fueron alzando allí casas, que llegaron á formar una ciudad. Esta ciudad es Tetuan, ó como la llaman los moros *Cotaquen*, la ciudad sagrada de los musulimes.

La llegada de los nuevos emigrados que tan mal habian sido tratados en España, atizó los sentimientos hostiles que reinaban en el corazon de los árabes, de los rifeños, de los bereberes; que forman la parte mas notable de la poblacion marroquí, y durante una larga série de años, el imperio de Marruecos estuvo en abierta guerra, ora con el Portugal ó la España, ora con cualquiera otra potencia de la cristiandad.

Esta incesante guerra ofreció períodos diversos; unas veces las armas españolas triunfaban con su valor, otras veces al contrario, los bárbaros á favor de audaces maquinaciones, arrancaban al vencedor lo que con valor les habia conquistado.

De esta larga lucha resultó apoderarse la España de algunas posesiones en la costa de Africa. Allí posee aun la España, en aquella costa inhospitalaria á Melilla, el Peñon de Velez, Alhucemas y Ceuta, situada enfrente de Gibraltar, y que, como ésta, domina la entrada del Estrecho.

Un artículo del tratado de Lisboa en 1668, cedió Ceuta á la España. Objeto constantemente esta plaza de los ataques de los marroquíes, sufrió, cosa inaudita en la historia, un sitio de 26 años, desde el tiempo de Carlos II, hasta que Felipe V hizo en 1720 que levantase este largo sitio, un ejército de diez y seis mil hombres, al mando del marqués de Ledesma.

En 1732, el mismo Felipe V tuvo que mandar otro ejército á las órdenes del conde de Montemar para salvar á Ceuta, que el emperador de Marruecos, instigado por el famoso aventurero, el duque de Riperdá, intentaba arrancar á la corona de España.

En tiempo de Carlos III, en 1774, tambien los marroquíes atacan á la vez las plazas de Melilla, Alhucemas, el Peñon y Ceuta. Carlos III les declara la guerra. Nuestras tropas les obligan en 1775 á im-